

11/1/64



La sombra mágica

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION O'HIGGINS
VALDIVIA DE CHILE

NIÑOS: Esta historia tendrá para ustedes el sabor de la leyenda que no destruye ninguna realidad:
¡TODOS NOS NECESITAMOS SIEMPRE, LOS UNOS A LOS OTROS!



Dicen que en otros tiempos había, en un país de múltiples bellezas, un Sultán sabio y poderoso a quien Alá, el Generoso, había concedido tres hijos, bellos como astros, y que se llamaban, el mayor Alí, el segundo Hassan y el menor Hossein.

Estos tres príncipes habían crecido en el palacio de su padre con la hija de su tío, la princesa Nurennahar, huérfana desde sus más tiernos años, que no tenía rival en encanto y hermosura: sus ojos eran como los de las gacelas, su boca de pétalos de rosa, y su talle más flexible que las ramas del árbol santo.

Mientras crecía, el Sultán, su tío, pensaba para sí que más tarde, cuando ella fuese grande, la daría como esposa a algún hijo de rey de los alrededores. Pero, cuando ella salió de la infancia, comprendió el Sultán que sus hijos, los tres príncipes Alí, Hassan y Hossein estaban enamorados de ella con igual apasionamiento.

Por lo tanto, el Sultán se puso a reflexionar, sin saber a cuál de ellos conceder la mano de Nurennahar, pues los tres eran igualmente dignos de hacerla su esposa y en caso de tomar la resolución de casarla con un extraño, comprendía que el pesar de sus hijos sería infinito.

Un día, repentinamente una idea acudió a su cerebro e hizo llamar a los tres príncipes, diciéndoles:

—Hijos míos, vuestros méritos os hacen absolutamente iguales los tres ante mi corazón y me es imposible favorecer a uno de vosotros, concediéndole la mano de la princesa Nurennahar. Por lo tanto, he aquí el plan que Alá me ha inspirado: que cada uno de vosotros se dirija a un país diferente y que traiga de allí lo que le parezca más raro, singular y maravilloso. A vuestro regreso juzgaré lo traído y daré la princesa, vuestra prima, a aquel que me haya presentado la maravilla de las maravillas. Para vuestro viaje y vuestras compras no escatimaré el dinero; os doy, de mis arcas, el oro que estiméis necesario.

Los tres príncipes, que eran hijos respetuosos, se sometieron a la voluntad de su padre, y el Sultán, llevándolos hasta la habitación donde se guardaba el Tesoro de Palacio, les dió efectivamente todo el oro que quisieron llevar. En seguida se despidió de ellos, abrazándolos tiernamente y dándoles su bendición en nombre del Todopoderoso. Entonces, ataviados como mercaderes ambulantes y seguidos cada uno por un fiel esclavo, los tres príncipes, Alí, Hassan y Hossein, salieron



por una misma puerta de la ciudad, en la paz de Alá, montados sobre nobles corceles.

Se dirigieron juntos a un sitio donde el camino se dividía en tres rutas.

Y allí, después de una buena merienda preparada por sus esclavos, convinieron entre ellos que su viaje duraría un año, ni un día menos, ni un día más y que, una vez terminado



el viaje, se encontrarían en ese mismo sitio para presentarse juntos ante el Sultán, su padre; luego, después de haberse lavado las manos, se abrazaron deseándose un feliz regreso, y cada uno cortó por un camino.

El príncipe Alí, el mayor, atravesó llanos y montes y, después de tres meses de penoso camino, llegó al reino de Bichangar, en un país de la India marítima. Se alojó en la gran plaza de los mercaderes con su esclavo.

Y en cuanto se sintió repuesto de su fatiga, salió a recorrer la ciudad y sus diferentes barrios. Los encontró admirables y sorprendentes, formados como estaban por grandes calles abovedadas y frescas, y no obstante bien alumbradas por aberturas hechas en el techo. Y, en cada calle, estaban expuestas mercancías de especies diferentes. En una, únicamente se veían porcelanas y lozas, mientras que, en la otra, se lucían las finas telas de las Indias, los brocados de Persia y las sederías chinas.

El príncipe Alí regocijaba su vista con esas telas suntuosas, todas guarnecidas con dibujos de animales y de flores; con esos grandes chales de Cachemira los cuales, una vez doblados, podían caber en el hueco de la mano; tapices de todas dimensiones y de todos países; alhajas deslumbrantes; piedras preciosas y raras, y, por fin, toda clase de riquezas expuestas a profusión.

Después de un paseo de algunas horas, el príncipe Alí, sintiéndose un poco fatigado, aceptó feliz la amabi-

lidad de un mercader que, con ademán y sonrisa, lo invitó a entrar para sentarse en su tienda. Entonces, el mercader le dió el sitio de honor, ofreciéndole refrescos, pero no le propuso ninguna de sus mercancías ni le hizo ninguna pregunta. "¡Cuán delicioso es este país, y qué amables y corteses son sus habitantes!" — pensó para sí el príncipe Alí.

Mas, mientras conversaba con el mercader sobre las costumbres de la India, el príncipe Alí vió pasar ante la tienda a un vendedor ambulante que tenía en su brazo una alfombra de pequeña dimensión que parecía no medir más de seis pies cuadrados. El vendedor se detuvo, volvió la cabeza a izquierda y derecha y gritó:

—¡Oh, compradores! ¿Para quién será esta alfombra apta a la plegaria? ¡El que la compre no perderá su dinero! ¡Treinta mil monedas de oro pido!

Entonces, el príncipe Alí hizo una seña y el vendedor entró mostrando su alfombra sin agregar ni una palabra. El príncipe la examinó largamente y dijo:

—¡Oh, vendedor!, por Alá el grande, no puedo comprender cómo esta alfombra tan pequeña puede valer tanto dinero.

El vendedor sonrió y dijo:

—Mi amo, no te extrañes, pues he recibido la orden de hacer subir el precio hasta cuarenta mil monedas de oro, no cediendo esta alfombra nada más que al que tenga bastante dinero para hacerse dueño de ella.



—En verdad, vendedor, respondió el joven príncipe, esta alfombra, por Alá sea dicho, debe ser maravillosa, por alguna razón que ignoro...

—Lo has dicho, mi amo. Y ya que es así, puedo decirte que el que se sienta sobre esta alfombra es inmediatamente transportado al sitio donde



desea ir, y esto, antes de que haya tenido ni siquiera el tiempo de cerrar un ojo y de abrir el otro.

Debes saber también que ningún obstáculo puede detener la carrera de esta alfombra voladora y que, ante ella, las montañas se bajan, los ríos se apartan, las murallas se desmoronan y las puertas se abren solas.

El príncipe Alí permaneció primeramente estupefacto ante esa revelación, pero pronto reaccionó y pensó: "Esta es la más extraordinaria y maravillosa de las cosas que haya visto y que puedo llevar a mi padre. ¿Qué otra podría superarla".

Y resolvió adquirirla.

—Si esta alfombra tiene realmente el valor que tú dices, le dijo el vendedor, estoy pronto a contar ante ti las cuarenta mil monedas de oro. Y aun agregaré un presente a ellas, pero deseo comprobar la maravilla que tú mencionas.

—Amo mío, lo verás al instante. ¿Me lo permites?, preguntó en seguida dirigiéndose al mercader y penetrando al interior de la trastienda.

Allí tiró su alfombra en el suelo y rogó al príncipe de sentarse en ella. En seguida tomó sitio a su lado y le dijo:

—Señor, formula ahora el deseo de ser transportado al sitio donde te hospedas.

El príncipe formuló el deseo mentalmente, y, antes de que tuviera tiempo de darle las gracias al dueño de la tienda que tan amablemente lo había recibido, se encontró en medio de su

departamento sin haber podido darse cuenta si había viajado por el aire o bajo la tierra.

—¡Eres el más honrado de los mercaderes!, dijo entonces a su compañero. Toma tus cuarenta mil monedas de oro, y como gratificación, acepta aún estas mil más.

El vendedor dió las gracias al príncipe Alí, y dejándole la alfombra, agregó:

—No has perdido tu dinero, y quedarás contento de tu adquisición.

Después de saludar, se retiró.

Y así fué cómo el príncipe Alí entró en posesión de la alfombra maravillosa, sintiéndose feliz de haber podido adquirir un objeto tan raro que debía, no dudaba de ello, hacerle acreedor a la mano de la linda princesa Nurrennahar.

Esto fué lo ocurrido al príncipe Alí.

* * *

En cuanto al príncipe Hassan, el segundo de los tres hermanos, vivió la siguiente aventura:

Poco después que se hubo separado de sus hermanos, encontró una caravana que se dirigía a Persia. Llegado a Schiraz, en la capital, se alojó, él también, con los mercaderes extranjeros.

Al día siguiente, se hizo conducir al barrio en que se vendían los más raros objetos: piedras preciosas, telas magníficas, obras de arte y de plata. Este barrio, muy espacioso, era como una amplia bóveda; las tiendas, alineadas en torno a las paredes eran muy numerosas, y además, todos los



corredores eran visitados por vendedores que gritaban, iban y venían, anunciando las mercaderías más diversas.

Mas, entre esos numerosos hom-

bres, el príncipe Hassan distinguió uno que tenía en la mano un tubo de marfil y lo llevaba con tanta altanería y majestad como lleva un rey el cetro de su reinado.



El vendedor gritaba con voz sonora:

—¡Oh, compradores!, ¿véis el tubo de marfil que llevo? ¡El que lo adquiera no perderá su dinero! ¡Con él se ve todo lo que se quiera ver! ¡El que lo ha fabricado ha muerto y no volverá a hacer otro! ¡Mirad el tubo de marfil!

El príncipe Hassan se aproximó, miró el tubo y lo encontró sin novedad, tanto por su aspecto como por sus dimensiones.

—¡Por Alá!, exclamó. ¿No has perdido los sentidos para que proclames así un objeto de tan poco valor e importancia?

—Señor, respondió el otro, no eres el primero en tratarme de loco; sin embargo, cuando yo te haya revelado el poder de este objeto, juzgarás tú mismo.

¿Ves el cristal que hay en cada extremo de él? Pues, sabe que si miras por uno de esos cristales manifestando el deseo de ver algo, lo verás, por muy lejos que se encuentre.

—Si es así, respondió el príncipe Hassan, este tubo es maravilloso. Préstamelo para comprobar lo que dices; quiero creerte.

El vendedor pasó el tubo al príncipe, que mentalmente deseó ver a su linda y querida prima, la princesa Nurennahar. Aproximó en seguida el tubo a sus ojos, es decir a uno, e inmediatamente vió a la hermosa princesa de sus sueños. Estaba sentada en la orilla de una fuente del

jardín real, rodeada por sus sirvientas y muy alegre.

Encantado, el príncipe no pidió más. Convencido de que el tubo de marfil era la cosa más maravillosa de todo el universo, agradeció a Alá su buenaaventura.

—Perdóname por haber dudado de tus sentidos, dijo al vendedor; ahora estoy pronto a darte por este tubo lo que tú exijas.

—Por mi cabeza y mis ojos, juro que he recibido la orden de no venderlo por menos de cuarenta mil monedas de oro, respondió el vendedor.

El príncipe Hassan no discutió la suma; llevó al vendedor hasta su posada, le hizo contar, por su esclavo, las cuarenta mil monedas de oro, y agregó aún mil más de gratificación. ¡Y así se hizo poseedor del tubo de marfil!

¡Esto es lo que se refiere a él!

En cuanto al príncipe Hossein, el menor de los tres, tuvo también una aventura extraordinaria, que ustedes van a leer:

Después de un largo viaje, llegó a Samarcanda y se dirigió inmediatamente al sitio que los habitantes del país conocían bajo el nombre de Bazar. Lo encontró muy hermoso.

Mientras se paseaba mirando a todos lados, observó de pronto a un hombre que presentaba una manzana. Y esta manzana era hermosa como una sandía y admirablemente roja de un lado y dorada del otro.

El príncipe preguntó:



—¿A cuánto vendes esa manzana, buen hombre?

Y el vendedor le respondió:

—A treinta mil monedas de oro, mi amo. Este es el precio que me ha sido fijado, y no debo cederla a menos que me den cuarenta mil monedas, al contado.

—¡Por Alá!, exclamó el príncipe Hossein, ¡esta manzana debe tener algún extraño poder para ser vendida a tan alto precio!

—Señor, dignate escucharme, respondió el hombre. Si miras esta manzana por el exterior, se parece a todas las demás; pero si te revelo sus virtudes y el empleo maravilloso que se puede hacer de ella, tendrás que confesar que vale el precio, ya que es un tesoro incomparable.

—¿Cuáles son entonces esas virtudes extraordinarias? Estoy ansioso de conocerlas.

—Entérate, mi amo, que no hay enfermo, por condenado a muerte que esté, ya sea por pleuresía, peste, lepra o cualquiera de esas enfermedades mortales, que no se cure con ella de inmediato.

—¿Y qué hay que hacer con ella?

—Simplemente olerla. Todo enfermo, hasta los moribundos, respirarán de ella la vida, y gozarán de perfecta salud.

—Si es así, esta manzana verdaderamente no tiene precio, pero, ¿qué pruebas puedes tú darme de la verdad de tus palabras?

Mientras que el príncipe Hossein

hablaba con el vendedor, varios transeúntes los habían rodeado para escuchar sus palabras. Y uno de ellos, viendo aproximar a un pobre hombre, ciego y paralítico, llevado en una especie de litera, lo señaló al vendedor.

Este corrió hasta donde el ciego y le colocó la manzana debajo de las narices. Inmediatamente el pobre hombre bajó de su litera y se puso a saltar, mirando a la muchedumbre con ojos deslumbrados y radiantes como los de los gatos en las tinieblas.

Y todos quedaron maravillados. Entonces el príncipe Hossein, seguro del poder de esa manzana maravillosa, dijo al vendedor:

—¡Bendito seas, oh, mercader! Te ruego que me sigas hasta mi alojamiento.

Una vez allí le pagó las cuarenta mil monedas de oro y le dió una bolsa con mil monedas más de gratificación. Y así se hizo poseedor de la manzana maravillosa.

Después, en el colmo de la alegría, pues no vacilaba en creer que había comprado lo que hubiese de más extraordinario sobre la tierra, Hossein tomó el camino del regreso con el corazón henchido de esperanza.

* * *

Cuando llegó a la hospedería donde debía encontrarse con sus hermanos, vió al príncipe Alí y al príncipe Hassan que lo esperaban con impaciencia.

Los tres príncipes se abrazaron



afectuosamente y después, el príncipe Alí, en su calidad de mayor, tomó la palabra y dijo:

—Hermanos míos, tenemos toda la vida por delante para contarnos los

detalles de nuestro viaje. Por mientras tanto, hablemos primeramente de lo que es de vital importancia para nosotros, es decir, del objeto raro que traemos. Compararemos estas





tres maravillas y daremos, de todo corazón, la preferencia a la que merezca señalar cuál es el más feliz de nosotros tres.

Habiendo dicho esto, el príncipe Alí dejó de hablar durante un instante y después prosiguió:

—Yo hice mi viaje a la India marítima, en el reino de Bichengar, y ahí fué donde encontré mi maravilla. Sólo he traído esta alfombra apta para ser usada durante la plegaria, y sobre la cual me ven ustedes ahora sentado. Seguramente les ha de parecer común, ordinaria, sin valor; sin embargo, gracias a ella, espero llegar a ser el esposo de nuestra prima.

Y relató a sus hermanos la extraordinaria historia de la alfombra voladora y cómo pudo valerse de ella para volver allí en un cerrar de ojos.

Luego agregó:

—Veamos ahora, hermanos, si lo que ustedes traen puede entrar a competir con mi alfombra.

El príncipe Hassan, tomando la palabra, respondió así a su hermano mayor:

—Hermano, hay que confesar que esta alfombra voladora es una de las cosas más extraordinarias que uno se pueda imaginar. Pero, por muy prodigiosa que sea, tendrán ustedes que darme razón al presentarles yo otra maravilla. Aquí tienen este tubo de marfil. Así como la alfombra, no parece atraer mayormente la atención. Sin embargo, he pagado cuarenta mil monedas de oro por él y me

felicito por mi compra. Por lo demás, estoy seguro de que ustedes me aprobarán cuando hayan comprobado que, al mirar por uno de los extremos de este objeto, se logra ver a través de toda distancia lo que se desea.

El príncipe Alí quiso hacer la prueba. Cogió el tubo entre sus manos, y mirando, murmuró:

—¡Oh, tubo de marfil, muéstrame a mi querida prima, la bella princesa Nurennahar.

Sus dos hermanos que lo miraban, lo vieron cambiar de color.

—¡Príncipes!, exclamó, sólo Alá puede salvarnos. ¡Oh, desgraciados hermanos míos, en vano hemos emprendido nuestro viaje con la esperanza de contraer nupcias con la encantadora Nurennahar: dentro de algunos instantes, ya no pertenecerá a esta vida. La veo en su lecho, rodeada por sus damas que lloran desconsoladas y que parecen esperar su último suspiro. Juzgad vosotros mismos, ¡mirad!

Uno después de otro, el príncipe Hassan y el príncipe Hossein verificaron la dolorosa noticia; su prima estaba moribunda, y ya la desesperación llenaba el palacio.

—¡Oh, hermanos míos!, serenad vuestras almas, dijo entonces el príncipe Hossein; si podemos apresurarnos, la princesa será salvada. Mirad esta hermosa manzana que yo he traído; tiene el don de devolver a la vida a los que la muerte acecha. Ya ha reanimado a muchos moribundos



y llevará nuevamente a cabo el milagro con nuestra adorada prima.

—Si es así, dijo el príncipe Alí, no perdamos un instante. Tomemos sitio sobre mi alfombra maravillosa y for-

mulemos el deseo de ir inmediatamente al palacio de la princesa.

Así lo hicieron los tres hermanos y, sin haber tenido el tiempo de divisar las ciudades sobre las cuales volaban,





las montañas que franqueaban, los ríos que cruzaban, las puertas que se abrían, se encontraron sentados en medio de la habitación de la princesa Nurennahar.

Los servidores y cortesanos quedaron estupefactos al verlos llegar en esa forma, por los aires, y más extrañados aun cuando vieron que el príncipe Hossein aproximaba a las narices de su prima la manzana que tenía en la mano y que ésta inmediatamente abría de nuevo los ojos. Efectivamente, Nurennahar miraba a todos lados y sonreía a los que la rodeaban pidiendo sus ropas para levantarse como si acabara de despertar de un sueño...

Dejando que su prima se vistiese, los tres príncipes fueron a presentarse ante el Sultán, su padre, y éste los estrechó tiernamente entre sus brazos. Estaba feliz de volver a verlos, justo en el preciso instante en que su sobrina bienamada volvía a la vida.

En cuanto hubieron terminado los saludos, los príncipes se apresuraron en presentar los objetos traídos y en los cuales cifraban sus más caras esperanzas.

El Sultán los escuchó primero con bondad, luego interrogó a los jóvenes sobre las condiciones en que la princesa había sido salvada.

Por fin, después de haber reflexionado largamente, habló así:

—¡Oh, príncipes, queridos hijos míos!, yo daría de todo corazón la

preferencia a uno de ustedes si pudiera hacerlo, pero vean ustedes mismos si esto es posible:

"Sus objetos preciosos valen tanto uno como otro. Tampoco se puede negar que los tres han contribuido a salvar la vida de vuestra prima, pero ¿qué hubiesen hecho sin el tubo, y del tubo de marfil, sin la manzana, y de la manzana prodigiosa sin la alfombra maravillosa?... Si hubiesen dejado de traer cualquiera de esas tres cosas, lloraríamos ahora la muerte de Nurennahar. Deben ustedes comprenderlo. ¡Me es imposible elegir entre ustedes!

Así habló el sabio Sultán, y hay que reconocer que era justo; luego se abismó en sus reflexiones. Cuando hubo transcurrido una hora, exclamó por fin:

—Tengo una idea, hijos míos. Sigámosla, y el destino será quien designe cuál es el más afortunado de vosotros. Tomad cada uno un arco y una flecha marcada con su nombre, y los acompañaré fuera de la ciudad. Y declaro que el que la tire más lejos recibirá por esposa a la bella princesa Nurennahar.

Y todos estuvieron de acuerdo y acompañados de una numerosa escolta salieron a una plaza que había en las afueras de la ciudad.

El príncipe Alí, el mayor, lanzó primero su flecha, la cual desapareció lejos.

El príncipe Hassan, el mediano, le siguió, cogió su arco y también dispa-



ró su flecha, la que fué a dar más lejos que la primera.

Y esta vez tocó el turno al menor, Hossein, quien cogió su arco, acomodó su flecha, pero ni el Sultán, ni nin-

guno de los oficiales de la escolta, colocados de distancia en distancia, la vieron caer... Cruzó los aires en línea recta y desapareció en la lejanía.

Y, a pesar de buscarla con pacien-



cia, nadie pudo encontrar la flecha del príncipe Hossein.

Y el Sultán dijo:

—Hijos bien amados, por vosotros tres tengo el mismo afecto y eso mismo me hace interpretar en la siguiente forma los designios de la suerte: Has ganado, tú, Hossein, por una parte, y por otra has perdido, porque tu flecha no ha podido ser encontrada. Por lo tanto, es tu flecha, Hassan, la que te da por esposa a la linda Nurennahar. ¡Este es su destino!

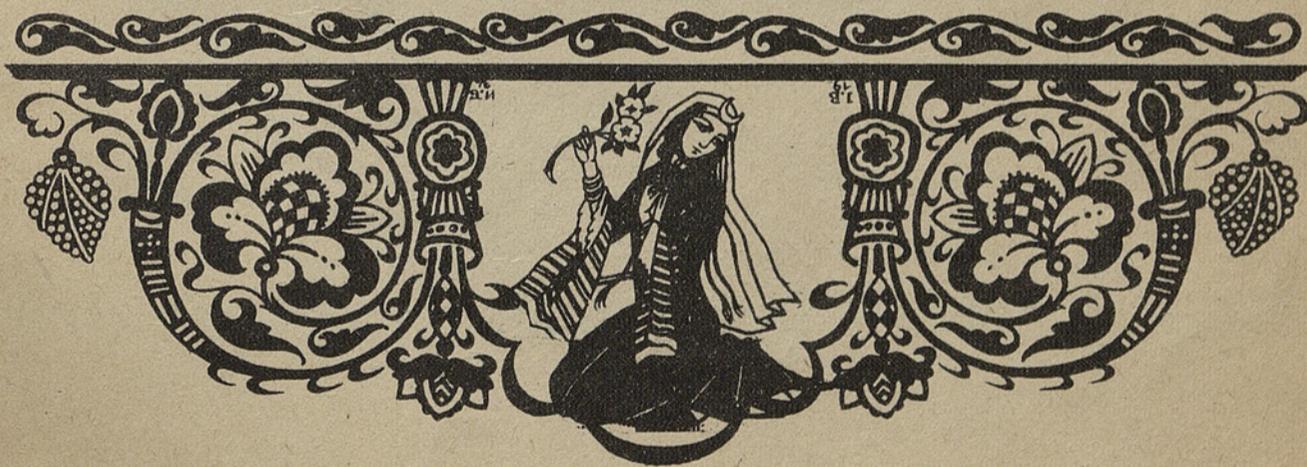
Y habiendo impartido las órdenes necesarias para la ceremonia de las nupcias, el Sultán agregó:

—¡Oh, Alí, mi hijo mayor!, tu pesar es grande, pero no es más grande que tu porvenir, pues a ti te declaro mi sucesor sobre el trono de este nuestro país.

“Y tú, Hossein, mi hijo menor, no debes afligirte. El mundo es grande y numerosos son los reinos, próximos y lejanos; y en uno de estos reinos debe vivir una princesa aun más hermosa que Nurennahar. Ya que es así, toma tu tubo de marfil, pensando en ello, y el cristal te mostrará esa anhelada princesa. Para conducirte hasta ella, la alfombra maravillosa te espera.

“Te daré, como para tu último viaje, todo el oro que quieras, rogando a Alá, el Generoso, para que te proteja, y te daré mi bendición antes que emprendas el camino para ir en busca de tu princesa.

Y aquí comienzan las aventuras del príncipe Hossein, que fueron tan felices como prodigiosas, y que serán relatadas en otra historia.





EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG - SANTIAGO DE CHILE

